

GAVÍN

Gavín se encuentra a unos 18 km de Sabiñánigo y a 3 km de Biescas, en una breve meseta sobre el barranco de Sía, orientado al Sur, al pie de Punta Fajalata y Punta Iguarra. El recorrido para llegar es directo desde de la carretera nacional N-260, superando Biescas en dirección hacia el Valle de Ordesa. La iglesia de San Bartolomé está un poco más allá de la población, a unos 2 km, en dirección hacia Yésero por el puerto de Cotefablo. Una vez pasado el único túnel y el barranco, se gira a la izquierda por una pista asfaltada, al final de la cual se halla la iglesia, en la confluencia de los barrancos de San Bartolomé y Artica, en lo que son los únicos restos de un antiguo despoblado.

Hay que recordar que los restos de Santa María de Gavín, en concreto su cabecera, se encuentran en el parque de Sabiñánigo por lo que se analizan en el apartado dedicado a esta localidad.

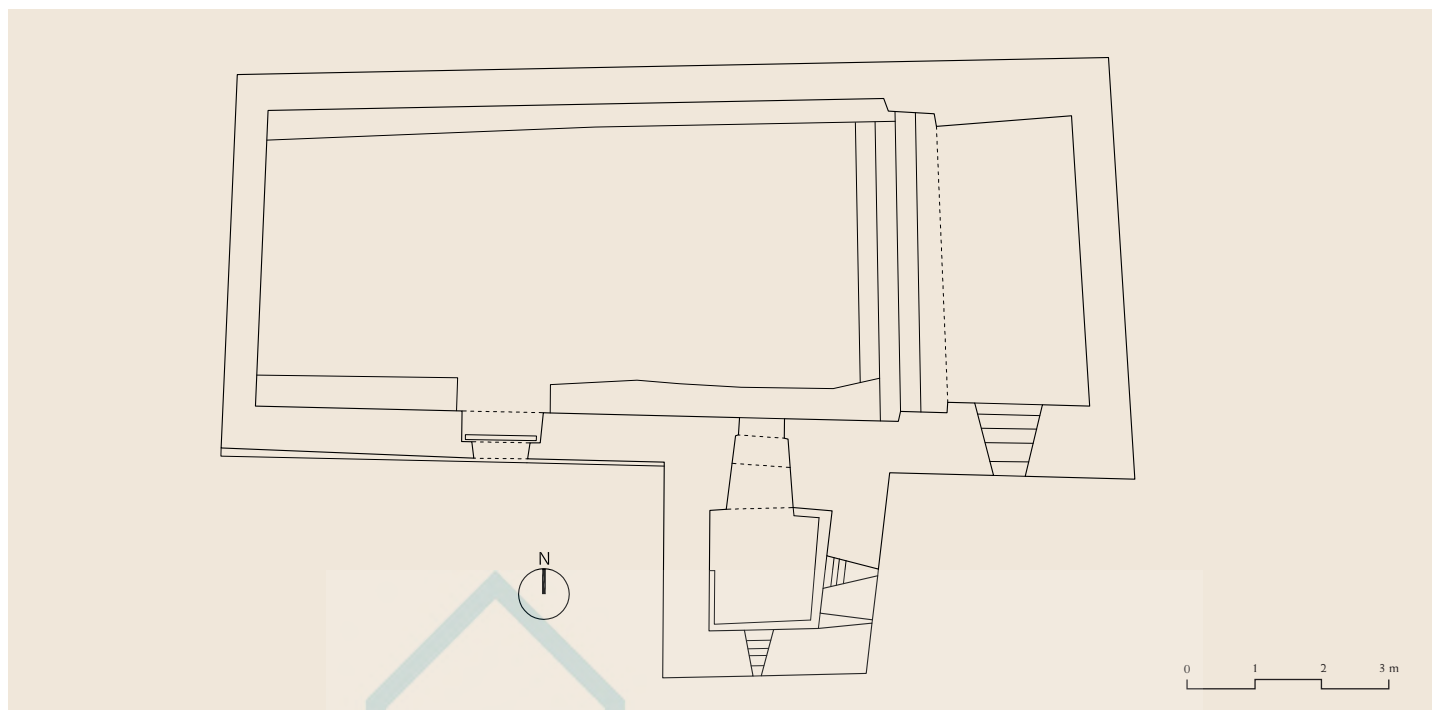
Iglesia de San Bartolomé

APENAS SI SE CONOCE algo de la historia de San Bartolomé de Gavín con precisión. Las fuentes hablan de la posibilidad de que la actual iglesia fuese el monumento aglutinador de grupos de pobladores que se asentaron en fecha indeterminada en la zona. El supuesto núcleo, hoy completamente desaparecido, pudo estar habitado desde el siglo X, según algunos autores. No hay, empero, ninguna certeza o fecha estimada como válida.

Lo que sí está comprobado es que esta edificación pertenece a una serie o grupo mayor que se erigió de manera contemporánea en la zona y que ha venido en denominarse iglesias "de Serrablo", "del Gállego" o "del círculo larredense" según los diversos estudiosos. San Bartolomé correspondería a una primera fase del mozárabe altoaragonés, a finales del siglo X. El conjunto se halla construido en piedra sillar de pequeño tamaño trabajada a maza. Consta de nave única de



Vista general



Planta

Alzado sur



Sección transversal



planta rectangular y testero recto con una torre de planta cuadrada adosada en el muro meridional. Ésta, junto con un fragmento de muro que dibuja un suave talud en la zona adyacente a la citada torre, constituye el único elemento de la obra medieval que ha llegado intacto hasta nuestros días. La nave de la iglesia ha sido rehecha a partir de su planta, añadiendo algún elemento del que no se tiene constancia anterior, como el vano geminado en el hastial occidental de

la iglesia. Se cubre por medio de cubierta de madera a doble vertiente, salvo en la zona de la cabecera, resuelta a base de bóveda de horno.

San Bartolomé aporta el ejemplar más completo de torre de entre las iglesias serrablesas, incluso por encima de la de San Pedro de Lárrede, ya que esta última sufrió modificaciones posteriores en algunos vanos con el fin de acomodar una serie de arcos que pudiesen albergar campanas. De acuerdo

con algunas fuentes, supondría el nexo de unión entre los dos estilos descritos con anterioridad, la raíz mozárabe en la zona inferior y el remate de estilo lombardo en la parte superior.

Posee planta cuadrada y se trata de un ejemplo muy esbelto y airoso. Como ya se ha indicado, se halla asentada sobre un basamento troncopiramidal de factura diferente a la del resto del cuerpo. En sus lienzos, al exterior, aparecen las inconfundibles marcas de los mechinales —aquellos agujeros de sección cuadrada dejados en las paredes cuando se fabrica un edificio, para meter en ellos uno de los vástagos horizontales del andamio—, signo inequívoco del sistema de refuerzo empleado para su levantamiento. El acceso a la torre se produce desde el interior de la nave, a través de una pequeña puerta con jambas en talud, y arco de medio punto ligeramente peraltado, que arranca de una moldura biselada, dándole clara forma de herradura.

A unos dos tercios de su altura definitiva, la torre posee cuatro series de ventanas tríforas —vanos divididos en tres partes por medio de dos columnitas o pilastras— en las cuatro caras, muy similares a las de Lárrede. Sobre éstas, se asienta un friso de baquetones y por debajo, en cada una de los frentes,

aparece una doble rueda o roseta configurada por una serie de dovelas dispuestas en círculo. Como recoge García Omedes, esta “decoración de rosetones a base de dovelas completando círculos, enmarcadas entre dos molduras horizontales y a su vez enmarcadas por sendas molduras cuadrangulares es única en el románico altoaragonés”.

Se alternan con la serie de baquetones otras dos de impostas que sobresalen levemente en las zonas superior e inferior, conformando una suerte de recuadros abocelados. Este sistema de ornamentación a base de columnillas de piezas múltiples es idéntico al de las tríforas que decoran la torre del San Pedro de Lárrede. La cubierta es a cuatro aguas en el remate y se resuelve por medio de bóveda esquifada de sillarejo al interior, según García Omedes “falsa bóveda esquifada lograda por aproximación de hiladas, técnica que no requiere cimbra y que desde tiempo inmemorial utilizan los pastores para cerrar sus casetas”.

Según las tesis mozarabistas, el desarrollo primigenio de San Bartolomé dataría del segundo cuarto del siglo X y su origen sería la creación de un núcleo de repoblación en torno a sí. La explicación más extendida para esta afirmación

Vista desde el lado este



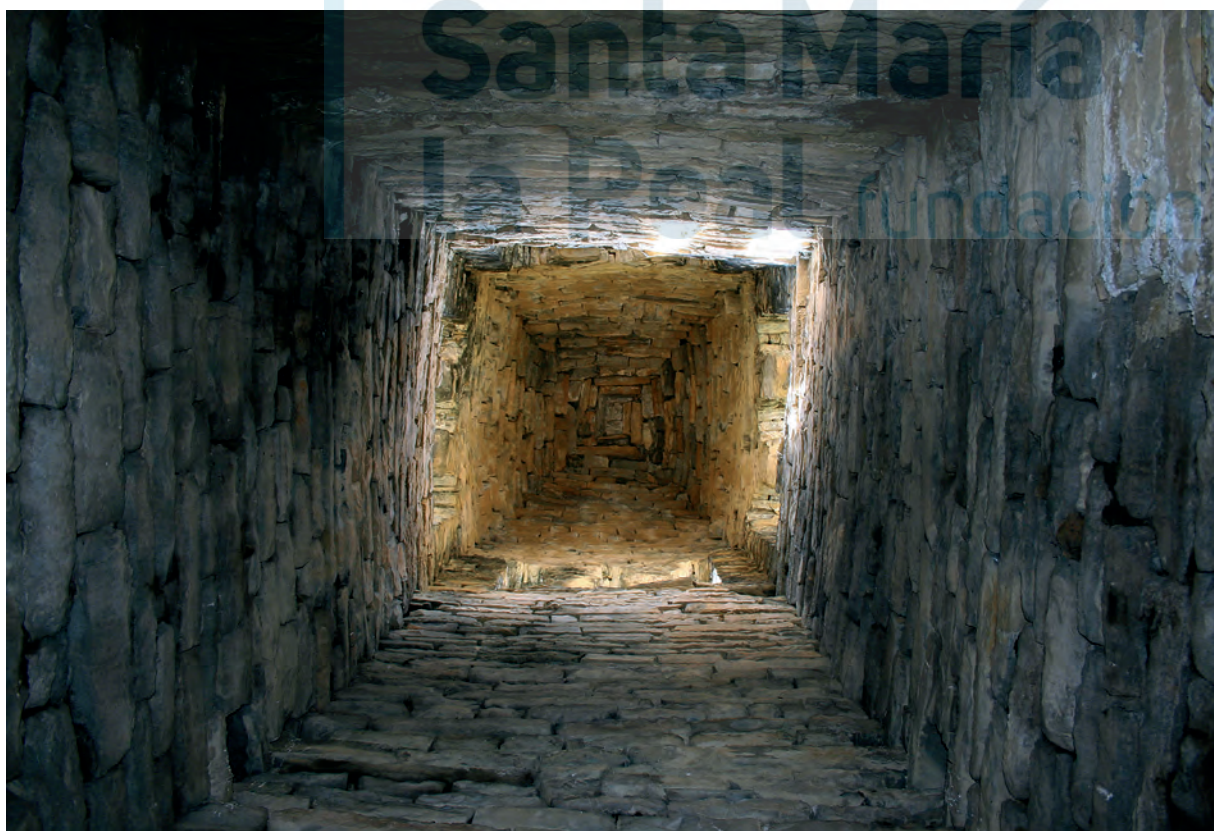
Torre





Interior

*Puerta de acceso
a la torre*



Interior de la torre

es que al tratarse de uno de los ejemplos más septentrionales del grupo y, por tanto, sito en una zona tempranamente reconquistada, sería de los primeros en erigirse. Los estudios de corte lombardista lo retrasan hasta el siglo XI, apuntando algunos especialistas las décadas de 1040, 1050 y 1060 como fechas más probables.

Desde noviembre de 1982, la iglesia de San Bartolomé está considerada Bien de Interés Cultural y Monumento Histórico-Artístico.

Texto y fotos: JAS - Planos: BJG

Bibliografía

ACÍN FANLO, J. L., 2010, pp. 65-68; ARAMENDÍA, J. L., 2002, pp. 256-259; BUESA CONDE, D. J., 2003a; DURÁN GUDIOL, A., 1988, pp. 22-24; DURÁN GUDIOL, A., 1998; ESTEBAN LORENTE, J. F., GALTIER MARTÍ, F. y GARCÍA GUATAS, M., 1982, pp. 187-220; GARCÉS ROMEO, J., 2004; GARCÉS ROMEO, J. y DUCE, J. A. (coords.), 2007; TORRALBA, J. M., 2006, pp. 28-35.

Monasterio de San Pelay

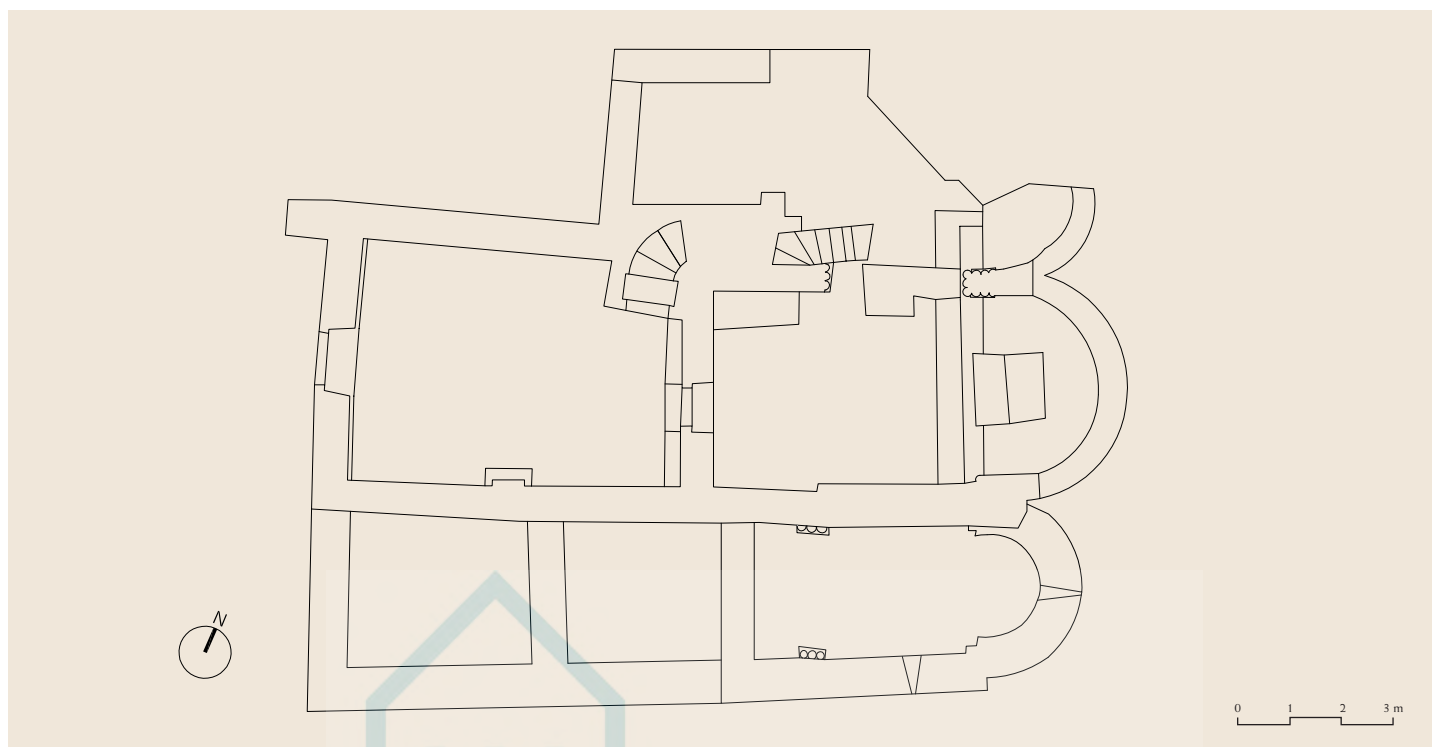
EN 1997 SALÍA A LA LUZ el monasterio de San Pelay de Gavín. Sabíamos de su existencia por los documentos, la toponimia y algunos restos visibles en la partida de San Pelay. Dos años más tarde se realizaban los correspondientes informes y en 2008 fue declarado Bien de Interés Cultural, y se llevaron a cabo tareas de consolidación y protección, que no han resultado tan eficaces como se esperaba. Se accede al lugar, desde Biescas, por la carretera N-260. Hay que tomar a la derecha el desvío hacia el Camping de Gavín, cruzar por el puente el barranco del Sía y seguir la pista indicada, y en buen estado, hacia las localidades de Barbenuta y Espierre.

Tras recorrer unos 1400 m, se toma el desvío a la izquierda. Unos 1700 m más adelante, se abandona la pista y se continúa unos 500 m más por el camino hacia el Oeste. En el estado en que nos hemos encontrado el monumento, faltan demasiados datos como para ofrecer afirmaciones rotundas. Cualquier opinión debe ser interpretada como una aproximación o una hipótesis.

En el año 825, un niño cristiano de nombre Pelayo sufría martirio hasta la muerte en Córdoba. El culto al santo niño mártir fue introducido por los mozárabes en León y Oviedo, y se difundió a lo largo del siglo X por todo el norte de la Pe-

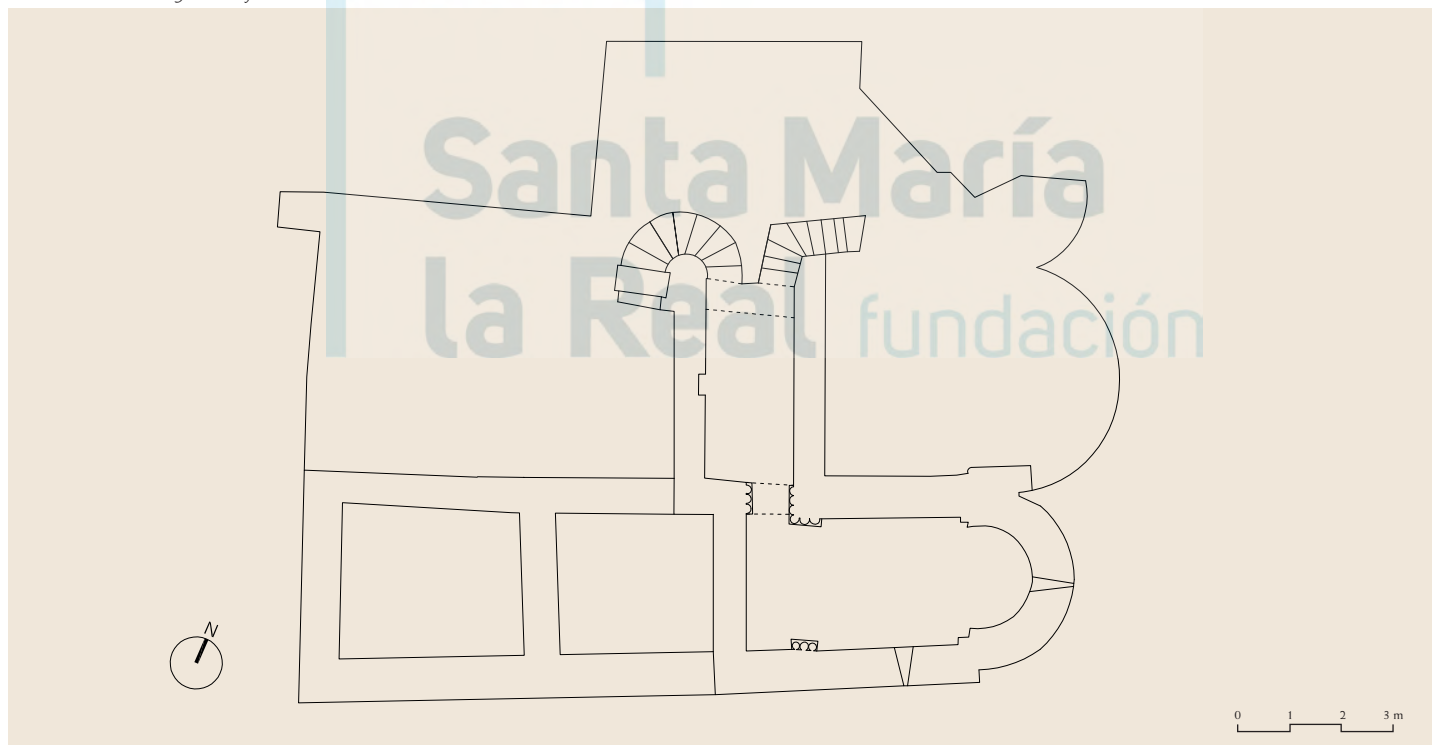
Vista general





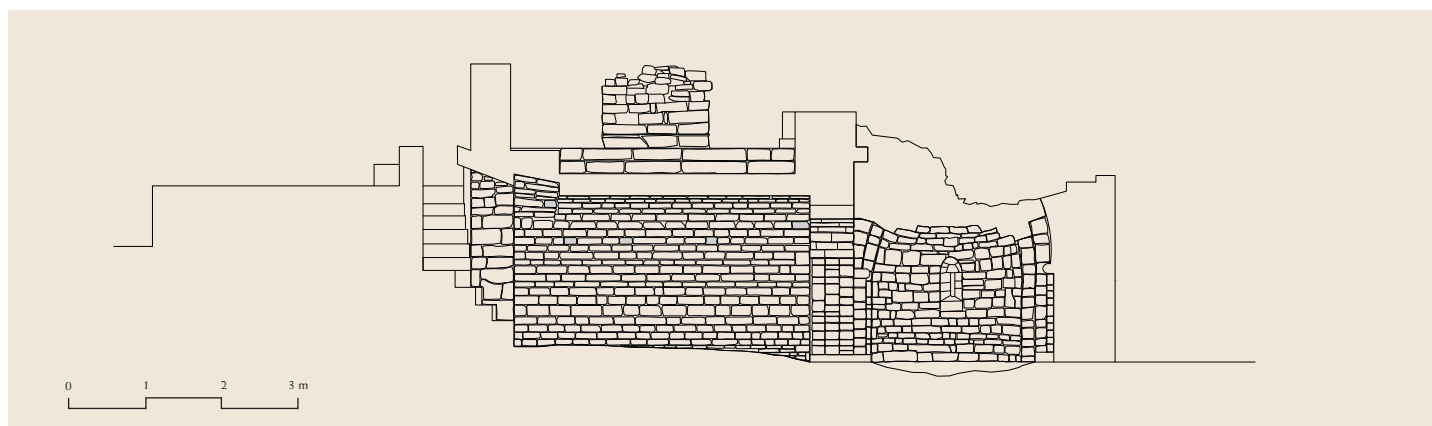
Planta del conjunto

Planta a nivel de la iglesia baja



nínsula, incluyendo una iglesia y una ermita dedicadas a él en Santiago de Compostela. Según parece, en el segundo tercio de esa misma centuria, se llevó a cabo una intensa campaña de fundaciones monásticas en la comarca del Serrablo, para

confirmar la fe cristiana. Entre ellas, una bajo la advocación de San Pelay, cerca de Gavín, en la llamada Tierra de Biescas. Es prácticamente imposible encontrar referencias documentales de los archivos monásticos aragoneses que ofrezcan



Sección transversal

información sobre el primer cuarto del siglo XI. Se supone, por tanto, que la existencia de esos monasterios era extremadamente precaria, o que habían dejado de existir. San Pelay podría estar entonces despoblado. Una nueva noticia indica que, al cabo de unas décadas, el patrimonio perteneciente a San Pelay se hallaba en poder de ocho familias de Tierra de Biescas y del valle de Broto, y que ellas lo entregaron en 1079 al monasterio de San Juan de la Peña. Este dato supone el revivir del monasterio de San Pelay.

La llamada reforma gregoriana, que unificó normas y costumbres para los monasterios de la Iglesia occidental, tuvo su centro, en Aragón, en el monasterio de San Juan de la Peña, de la mano de la orden de Cluny. Reyes y cluniacienses promocionaron, con numerosas iniciativas, las peregrinaciones a Santiago, principal vía religiosa, económica y cultural de la Península durante varios siglos. San Pelay formaba parte de un ramal secundario de la ruta jacobea. Discurría por la vertiente sur pirenaica, pasaba por Biescas y empalmaba con el Camino principal en Jaca. Todo indica que, a pesar de haber entrado en la jurisdicción de San Juan de la Peña, no hubo en el lugar monjes como sí ocurrió en los monasterios también serrableses de San Andrés de Fanlo o San Urbez de Nocito. Perteneció más bien a otro tipo, con unas características diferentes. A los que se ha calificado de "eremitorios o pequeños cenobios de propiedad particular, con cierta similitud a las llamadas iglesias propias".

Efectivamente, antes del año 1100, San Pelay se había convertido en una "decanía", una explotación agrícola con una iglesia rural. Su administración había sido confiada al monje Íñigo Sánchez, que recibió el título de decano. Este Íñigo Sánchez ha sido identificado con el hijo de Sancho Aznárez, el señor de Biescas de la donación a San Juan de la Peña, que había profesado como monje pinatense y que cedió a la Limosna de este monasterio, juntamente con su hermana Toda, varias casas, una de ellas en Biescas, con sus bienes y posesiones. Hacia 1111 moría Íñigo Sánchez, y el abad Sancho de San Juan de la Peña confiaba la decanía a Toda, en idénticas condiciones. Se explica así la existencia



Atrio

Ábsides



de enterramientos infantiles, pues el lugar estaba regentado por una familia. A través de esas noticias se intuye que no se había establecido realmente una comunidad monástica, y que los sucesivos concesionarios estaban obligados a pagar tributos a San Juan de la Peña, a mantener la iglesia y, en ella, el culto. La bula de 26 de junio de 1178, dada en Letrán



Iglesia inferior lombarda. Exterior



Iglesia inferior lombarda. Interior ábside



Iglesia inferior lombarda. Detalles

por el papa Alejandro III, confirmaba a favor de San Juan de la Peña anteriores privilegios pontificios y posesiones de esta abadía en los reinos de Aragón y Navarra, entre las que se menciona San Pelay. Así, en el primer tercio del siglo XIII, otro abad pinatense, de nombre Íñigo, entregaba a García de Sasal el monasterio de San Pelay de Gavín, que tenía a su vez numerosas posesiones en la zona, con la condición de que mandara servir las iglesias de San Pelay, San Pedro de Hoz en el valle de Tena y Santa Engracia —donde se hallan los dólmenes de Biescas—, a la entrada del mismo valle y, además, que se rehicieran “las casas de San Pelay”.

El conjunto de San Pelay está formado por varias construcciones, en diferente estado de conservación, en una zona alta, junto a los fuertes desniveles del paco de Gavín, en la orilla izquierda del barranco del Sía. Se mantiene relativamente completa una iglesia de reducidas dimensiones, resguardada de las ventiscas del Norte por una elevación del terreno que sirve de base a otra iglesia de mayor tamaño. Esa es la principal singularidad de San Pelay. Que se encuentran integradas, en un mismo conjunto y en diferente nivel, dos iglesias de estilos y cronologías claramente distintos, comunicadas entre sí por un pasadizo en forma de túnel y dos escaleras de caracol. En la parte occidental se elevaron otros dos edificios adjuntos, también medievales. Si a eso añadimos una calculada distribución de espacios, que parece haber sido especialmente diseñada en función del ceremonial propio de los lugares santos relacionados con el Camino de Santiago, seremos conscientes de la dificultad que entraña su estudio. Los restos de construcciones dispersas por la explanada corresponderían a usos agrarios de diferentes épocas y no parece que tengan demasiado interés.

A juzgar por la típicas arcuaciones ciegas que decoran el exterior del ábside, la iglesia inferior pertenece al Románico lombardo que se difundió en la segunda mitad del siglo XII. Su construcción puede corresponder a esa fecha de 1079, en que San Pelay pasó a ser propiedad de san Juan de la Peña. Consta de una sola nave extremadamente reducida, orientada al Este. Las dimensiones interiores máximas son de 5,35 m de largo por 2,65 de ancho. El material utilizado fue la piedra local, trabajada de forma regular y colocada con esmero. El tamaño de la misma disminuye conforme se eleva. Un doble arco de triunfo daba acceso al ábside semicircular, de 2,20 de diámetro. En el centro del mismo, una pequeña ventana con derrame solo hacia el interior y falso arco de medio punto, lo mismo que la otra ventana conservada en el muro meridional, prácticamente del tamaño de una saetera, o tal vez sea una lobera de época posterior, dispuesta para defenderse de los depredadores que bajaran de la montaña. En el lado del evangelio se halla la correspondiente credencia para la colocación de los objetos de culto cerca del altar. Es evidente que la cabecera se cubrió con bóveda de horno, desaparecida en parte. La austeridad del ábside contrasta con una mayor riqueza ornamental en la nave. Idéntico material e idéntico aparejo, pero se observa un gran interés por colocar molduras

y columnas adosadas. Desde la cabecera hasta los pies recorre los muros un grueso bocel que sirve de imposta para el arranque de la bóveda, hoy solo insinuada. El arco de triunfo fue doblado con un nuevo arco, semejante a otros dos, a modo de arcos fajones, cuyo papel es meramente ornamental. El único arco que pudo tener una verdadera función sustentante se encuentra casi a los pies, donde se dibuja un corto tramo, aparentemente de cubierta plana, donde se observan numerosas intervenciones posteriores al momento en que se edificó la iglesia. La consecuencia más importante de estas intervenciones parece haber sido la eliminación de la puerta original de modo que se comunicara, exclusivamente, con las escaleras, mediante el túnel adjunto que discurre en sentido perpendicular por debajo de la iglesia superior.

La iglesia alta, por el contrario, sigue con fidelidad lo que podemos denominar "Románico serrablés", en un momento muy tardío, por no decir ya anacrónico, de esa peculiaridad estilística. Como si se tratase de una "fase manierista" de la arquitectura serrablesa, de acuerdo con una tradición local llevada a cabo hasta sus últimas consecuencias. Se usó el tipo de columnas de tambores pequeños y rebordes redondeados que se encuentra en San Pedro de Lárrede, San Juan de Busa, San Bartolomé de Gavín y tantas otras pero aumentando su número hasta tres, cuatro e incluso seis, si se tiene en cuenta el efecto multiplicador de las jambas de puertas y pilastras. La obra debió ser realizada por maestros de la zona. Aunque las ruinas se encuentran en mal estado, se aprecia perfectamente la existencia de una nave central con ábside semicircular, presbiterio ligeramente elevado y una mesa de altar hecha de obra, muy retocada. Al Norte, en el lado del evangelio, el espacio se reparte entre la caja de las escaleras de caracol, en el ángulo noroccidental, y una nave lateral, con el correspondiente ábside. Esas dos naves quedarían comunicadas entre sí mediante un amplio arco formero, sobre las habituales pilastras de columnas serrablesas, que se han conservado. No se construyó ninguna nave lateral nueva al Sur, donde se respetó la iglesia inferior.

A la espera de los datos que pudiera aportar una simple prospección, podemos plantear una hipótesis razonada sobre las etapas constructivas de este importante conjunto monumental. Puesto que la existencia del monasterio de San Pelay y su iglesia en el siglo X parece probada por la documentación, resulta obvio que la iglesia lombarda no es la primera. Tuvo que haber otra anterior, prerrománica, cuya ubicación y detalles desconocemos. No debe descartarse que algunos restos de ese primer templo se encuentren todavía *in situ*. El lugar adecuado para buscar podría ser debajo de la nave mayor de la iglesia alta. Nunca se ha excavado en esa zona. A partir de 1079, vinculado San Pelay al monasterio de San Juan de la Peña, se levantaría junto a la prerrománica la iglesia lombarda. Las tumbas existentes bajo sus muros exteriores indican que se levantó en terreno del primitivo cementerio. Tendría una pequeña puerta al Sur, además de unas construcciones cuadrangulares a los pies, probablemente la vivienda.



Iglesia alta. Nave principal y altar



Iglesia alta. Pilastras



Iglesia alta. Escalera de acceso a la nave lateral



Escalera de caracol del atrio al túnel o pasadizo



Bóveda de la escalera de caracol



Túnel o pasadizo de comunicación y calefactor



Iglesia alta. Poyo o banco junto a la puerta de los pies de la nave

Cuando, en el primer tercio del siglo XIII, García de Sasal recibía del abad de San Juan de la Peña el encargo de rehacer "las casas de San Pelay", debió producirse una importante remodelación. La alusión a esas obras indica que los edificios se encontraban en mal estado. La iglesia prerrománica, tal vez abandonada y convertida en ruinas, desaparecería al ser utilizada la piedra como cantera en las construcciones posteriores o sus restos pasaron a formar parte de la cimentación de un nuevo templo, de proporciones más grandes, el que llamamos iglesia alta, por encontrarse junto a la lombarda, pero a un nivel superior.

Esa remodelación de principios del siglo XIII parece responder a un proyecto cuidadosamente planificado. Una gran parte de las construcciones lombardas estaban cubiertas con estructuras de madera a doble vertiente, aunque en los ábsides hubiera bóveda de horno. La iglesia del siglo XI, con sus reducidas proporciones, pudo pertenecer a este grupo. No serían lombardos, sino ya maestros locales, quienes levantarían en ella la bóveda de cañón, con imposta y arcos al gusto serrablés. Y eso coincidiría cronológicamente con la construcción de la iglesia alta, de nueva planta, sobre la

elevación del terreno, donde han aparecido algunas otras tumbas. La puerta original de la iglesia baja, seguramente cerca de los pies, al Sur, fue anulada. Solo unas escaleras de caracol y un pasadizo subterráneo, a modo de túnel transitable por debajo de la parte occidental de la iglesia superior, permitían acceder a ella, mediante una puerta de falso arco de herradura, de tipo serrablés. Un pequeño habitáculo abovedado existente en el túnel pudo hacer de calefactor. Otro caracol de giro contrario comunicaba con la iglesia alta. La perfección de esas dos escaleras exige la intervención en la obra de un auténtico especialista. Pero parece necesaria otra forma de acceso, más amplia, que facilitara el paso en determinados momentos, como puede ser un simple cortejo fúnebre. Eso podría encontrarse a los pies de la nave principal que suponemos de principios del siglo XIII, donde parece que hubo una puerta, posteriormente convertida en ventana. Ante ella, otra construcción cuadrangular, a modo de atrio, donde apareció la sepultura de un personaje de gran estatura y lo que podrían ser los restos de un pozo. Unos escalones de piedra habrían permitido ese otro acceso, más cómodo y convencional, para la iglesia alta. El enlosado, muy irregular,



Puerta de falso arco de herradura entre la iglesia lombarda y el pasadizo

del pavimento parece obra de comienzos del siglo XVIII, de la época en que se convirtió en ventana lo que debió de ser la puerta principal, a los pies de la nave mayor.

El hecho de utilizar un túnel o pasadizo bajo la nave, para acceder desde la baja a la iglesia superior, ha sido relacionado acertadamente con otros ejemplos como el castillo de Loarre y San Esteban de Sos del Rey Católico, en Aragón, o el monasterio de Leire, en Navarra. Una semejanza que no va más allá de este detalle. Pero es preciso añadir que, al menos en dos de los conjuntos mencionados, existieron poderosas razones para adoptar esa fórmula arquitectónica. La iglesia de Loarre, como edificio principal, solo podía situarse en la zona inmediatamente inferior a la cima del roquedal. Su presencia impactante, símbolo religioso y fortaleza a un tiempo, cortaba transversalmente el camino hacia las construcciones más antiguas. La escalinata monumental dispuesta bajo la nave permitió acceder a la cripta, a la propia iglesia y a la explanada superior, a la vez que se escenificaba la llegada del rey y el cortejo real. San Esteban de Sos se alzó en la parte más alta de la Peña Feliciano, junto al viejo castillo. La entrada se situó al Norte, a pesar de lo riguroso del clima, pues



Escalera de caracol del atrio al túnel o pasadizo

era conveniente aprovechar la cercanía de la fortaleza, por donde la roca era inexpugnable. El túnel bajo la nave de la iglesia no era solo un lugar de paso. Formaba, también, parte de la estrategia defensiva. En el caso de Leire, esa disposición podría, tal vez, justificarse por la existencia previa de un lugar de culto, directamente vinculado al uso monacal.

Ninguna de esas circunstancias se dan en el pequeño monasterio serrablés. A pesar de la considerable altura donde fue construido, la explanada en que se alza resulta prácticamente llana. El único montículo existente es el de la iglesia alta. Apenas se eleva unos metros y aparentemente no es natural sino una simple acumulación de tierra sobre los restos de unas posibles ruinas. Toda esa compleja distribución de espacios tuvo que ser diseñada artificialmente, para configurar el escenario adecuado a una función ritual. El itinerario de los peregrinos en el lugar sagrado. Llegaban y se dirigían de inmediato a besar el santo de su devoción. La probable existencia de un pozo en el atrio pone de relieve el valor simbólico del agua. Higiene corporal y purificación espiritual, que se realizaría en el atrio, como punto de iniciación. A partir de ese momento los peregrinos descenderían por la

escalera de caracol adjunta y, a través del túnel, entrarían en la iglesia lombarda para encontrarse con la reliquia o el icono del santo niño mártir. Después de la plegaria y, en su caso, la entrega de ofrendas, subirían por el segundo caracol a la iglesia alta para el resto de las funciones religiosas. La salida podía producirse por la puerta colocada a los pies de la nave, para situarse de nuevo en el atrio.

Muy cerca de esa puerta, dentro aún de la iglesia, se conserva un poyo o banco destinado, tal vez, al descanso de los peregrinos en el interior del templo, encima de lo que suponemos un calefactor en el túnel. Los fieles buscaban especialmente la protección de los mártires. Se cuenta que los antiguos cristianos preferían "una noche de plegaria cerca de las reliquias de los santos al reposo en un *hospitium* o albergue cualquiera, para sentir el encanto místico que resultaba de esta especie de convivencia con ellos". En la cripta de Santa Leocadia de la Cámara Santa de Oviedo, existen a ambos lados largos poyos adosados al muro, que quizás les servían para este fin. No obstante, es probable que alguna de las dependencias anexas funcionara como un pequeño albergue, pues hasta bien entrada la mitad del siglo XI, la hospitalidad con los peregrinos corría a cargo casi exclusivamente de los monasterios, tal como está previsto en las reglas de san Agustín y san Isidoro.

Las ruinas del pequeño monasterio de San Pelay de Gavín pueden constituir hoy en día todo un referente para el estudio de la arquitectura románica del Alto Aragón, al

incluir una construcción lombarda y otra serralesa, con una secuencia cronológica relativamente clara, que supone una reconstrucción de la antigua en época de la posterior. La especial tipología característica del Románico del Serrablo pudo tener una fase anterior o contemporánea al Románico lombardo pero, según los indicios que se observan en San Pelay, la tradición local habría sobrevivido en la zona a la tendencia italiana. A ello hay que añadir que San Pelay, a pesar de sus pequeñas dimensiones y de encontrarse en un ramal secundario de la Ruta Jacobea, constituye uno de los pocos ejemplos conservados en el que se observa una distribución de espacios y usos, en consonancia con el itinerario marcado por el culto a las reliquias en la edad media.

Texto y fotos: ELM - Planos: BJG

Bibliografía

DÍEZ ARRANZ, F., 1998b; DURÁN GUDIOL, A., 1975a, pp. 117, 195; DURÁN GUDIOL, A., 1981; DURÁN GUDIOL, A., 1996, pp. 71-85; DURÁN GUDIOL, A., 1997; DURÁN GUDIOL, A. y BUESA CONDE, D. J., 1981, pp. 46, 75-76, 76-78; ESTABLÉS ELDUQUE, J. M., 1996; GARCÍA OMEDES, A., www.romanicoaragones.com/Gavin/SanPelay; LAPENA PAÚL, A. I., 1989, pp. 322-323; LIAÑO MARTÍNEZ, E., 1999; UBIETO ARTETA, A., 1963a, II, doc. 166; VÁZQUEZ DE PARGA, L., LACARRA Y DE MIGUEL, J. M. y URÍA RIU, J., 1948-49 (1998), I, pp. 47, 79, 124-131, 147-150, 153, 209, 223, 288-291; II, pp. 9-10.

Santa María
la Real fundación